

LENGUA, DIALECTO Y MEDIOS: UNIDAD INTERNACIONAL Y VARIACIÓN LOCAL DEL ESPAÑOL*

Raúl Ávila**
El Colegio de México

PALABRAS CLAVE: ESPAÑOL, ESTANDARIZACIÓN, FONÉTICA, LÉXICO, MEDIOS, VARIACIÓN

Los espacios de la lengua

Un sevillano joven con estudios universitarios me contó que cuando viajaba fuera de Andalucía hablaba en castellano, porque así le entendían en toda España. También me dijo que si algún fuereño llegaba a su ciudad e intentaba hablar en andaluz¹ era más fácilmente aceptado por los demás. Una colombiana viajera me explicaba que, cuando llegaba a otro país hispanico, al ser identificada por su acento que no era de allí, corría el riesgo de que le cobraran más de lo normal en algún servicio. En cambio, cuando aprendía a hablar con la norma local, incluso, llegaba a conseguir descuentos. Por supuesto, añadía, “cuando voy a reuniones internacionales hablo casi como escribo: en un español que todos entienden”. Un sueco jubilado que vive en una isla del Mar del Norte decía que le fascinaban los dialectos, pero que también era necesario hablar una lengua que se comprendiera en todo el país: una lengua nacional, pues de otra forma no habría país. Además, añadió en inglés —pues yo no entiendo sueco— también hacía falta otra lengua para cuando uno viajara al extranjero.

* Una primera versión fue presentada en el III Congreso Internacional de la Lengua Española. Identidad Lingüística y Globalización, sección “Lengua, Dialecto y Medios: Unidad y Variación Local”, Rosario, 2004.

** ravila@colmex.mx

¹ Con *eses* aspiradas, *enes* velares, etcétera.

Los comentarios anteriores ejemplifican algo que debería ser obvio para todos: las lenguas de gran difusión geográfica como el español se hablan en diferentes climas y de diferentes formas. Nuestras palabras se pronuncian y escuchan en valles, montañas, costas y desiertos. Es natural que tengan sentidos y sonidos diferentes, pero no tanto como para impedir la comunicación a lo largo y a lo ancho de nuestra comunidad lingüística.

Los medios de información masiva, de la imprenta a la internet, han contribuido de manera sustancial, a la unidad lingüística. En la actualidad cubren todos los espacios de la lengua: local, nacional e internacional. Los responsables de los medios conocen muy bien la importancia del idioma, pues sin ese instrumento estarían limitados a comunicar sólo imágenes.² Los medios no necesitan instituciones que les ordenen lo que deben hacer para procurar la buena salud de la lengua. Es su responsabilidad y la asumen de manera natural, aunque muchos de quienes trabajan en esas empresas necesitarían elevar su nivel de conciencia lingüística, por ejemplo, para precisar los espacios de difusión de manera que puedan tomar decisiones en relación con la variante —sobre todo fonética y léxica— que debería utilizarse.

Intimidad del dialecto

¿Quién va a saber en España que *ceporro*, *arcén*, *zuro* o *cacahuete* son españolismos, palabras de uso exclusivo en ese país en comparación con otros? Ni la Real Academia Española, puesto que no lo indica así en su diccionario, aunque lo habrían descubierto los académicos si hubieran consultado el *Corpus de referencia del español actual* (2007) que ellos mismos han construido.³

² Habría que señalar al respecto, aunque sea en nota, que una imagen no vale más que mil palabras, sino que evoca más de mil palabras. Sin palabras para interpretarlas, las imágenes nos pondrían al nivel intelectual de los mamíferos inferiores.

³ Ahí encontré ocho contextos de *ceporro*, todos de España. En el caso de *arcén*, de 107 concordancias, 105 eran de España y 2 de Chile (en una novela). Estas últimas pudieron ser casuales, estadísticamente no demostrativas de que el vocablo se usa fuera de Europa. Sin embargo, en el DRAE no tienen indicaciones geográficas, tampoco en la edición electrónica (DRAEL, 2003). Para un planteamiento más detallado acerca de los vocablos de España y México puede verse Ávila, 1998.

Tampoco los mexicanos saben que *menso*, *acotamiento*, *olote* o *cacahuate* son las formas mexicanas correspondientes.

Los argentinos quizá no sepan que, fuera de su país, es difícil que entendamos cuando alguien nos dice que “tuvo muchos *quilombos* (‘problemas’) en el día” por culpa de un *fulero* (‘tramposo’) al que “le gusta *amarrocar plata* (‘juntar dinero’)”, porque “acá hay *curros* (‘estafas’) por todos lados”. Los chilenos de Santiago tampoco tienen por qué saber que, fuera de allí, no se comprendería el siguiente discurso, que podría decir un joven en una situación de intimidad, en un registro coloquial:

El *carrete* de anoche estuvo muy *rasca*. Lo bueno fue que conocí a una *mina* bien *rica*. Yo estaba *apestado* cuando la vi. Yo dije: me *tinca* que antes del siguiente *copete* a esta *mina* le saco el *fono*. Pero no me *dio bola* y ahora sólo tengo una *caña* tremenda, *¿cachai?*

Por su parte, un joven colombiano diría lo mismo de la siguiente manera:

La *rumba* de anoche estuvo una *chanda*. Lo bueno fue que conocí una *pelada* muy *bacana*. Yo estaba *mama[d]o* cuando la vi. Yo dije: apuesto que antes del siguiente trago esta *sardina* me suelta el teléfono. Pero no me *paró bolas* y ahora sólo tengo un *guayabo* ni el *hijueputa*, *¿sí se la pillá?*

La misma narración, en la misma situación comunicativa, sería así en la ciudad de México:

El reventón de anoche estuvo *re gacho*. Lo bueno fue que conocí a una *chava* muy *chida*. Yo estaba hasta el *gorro* cuando la vi. Yo dije: me *late* que antes del siguiente *chupe* esta *vieja* me da su *fon*. Pero *ni me peló* y ahora sólo tengo una *cruda jija*, *¿cómo ves?*

Y tampoco se entendería más allá de unos pocos kilómetros a la redonda. Si uno desea que lo anterior sea comprendido por un público más amplio, sería necesario pasar el relato a una versión más internacional —inevitablemente descolorida—, como la siguiente:

La fiesta de anoche estuvo muy mala. Lo bueno fue que conocí a una chica muy atractiva. Yo estaba aburrido cuando la vi. Yo dije: se me hace que antes de que me tome otra copa esta chica me da su número de teléfono. Pero no me hizo caso y ahora sólo tengo una resaca tremenda, ¿te das cuenta?

Es natural que el hablante común no tenga una idea clara de la variación de su lengua en diferentes ámbitos, sobre todo cuando son geográficos, pues el contacto con personas de otras latitudes no es muy frecuente. Frente a esto, la intimidad del dialecto es tal que permite diferenciar incluso las migraciones dentro de los países. Habría que recordar que la lengua materna, estrictamente, debería llamarse el dialecto materno, el que se adquiere cuando aún no sabe uno escribir su propio nombre.

Lengua nacional, lengua internacional

Una mexicana a quien entrevisté en un pueblo me contestó lo siguiente, cuando le pregunté por el nombre de un pajarito: “Pos aquí le *dicemos chuparro*, pero m’hijo que va en secundaria dice que se llama *colibrí*”. La respuesta de la campesina ilustra con claridad el hecho de que, cuando la gente va a la escuela, no sólo aprende nuevas palabras, sino también palabras nuevas para conceptos antiguos, para referirse a cosas que conoció desde niño. Las palabras y los sonidos de uso más general en el país, inician al estudiante en la toma de conciencia que le permitirá rebasar los límites lingüísticos de su pueblo. Al mismo tiempo, lo enfrentan a problemas de adaptación sociolingüística.

Sin embargo, la escuela, aunque promueve la sustitución de algunas palabras por sinónimos de uso más general, no necesariamente modifica todo el vocabulario. Tampoco logra cambiar de manera total la pronunciación, que está arraigada en los hábitos fonéticos de la niñez, y que —por su calidad de inconsciente— identifica a las personas como miembros de un país o de un grupo de países, como en el caso de la lengua española. Como lo hace saber Guillermo Guitarte (1983: 101-102) durante las guerras de independencia de los países hispanoamericanos, en Colombia los soldados españoles descubrían a los americanos porque pronunciaban la *z* como *s*. Por su parte, un guerrillero colombiano, para salvar la vida de los americanos que pudiera haber en un grupo de prisioneros realistas, los hizo desfilar

ante él “y cada uno debía pronunciar la palabra Francisco: el que la decía con la *z* española era inmediatamente arrojado al Magdalena”.

El cambio fundamental que ofrece la escuela es, sin duda, el aprendizaje de la lengua escrita. Este nuevo instrumento pone en contacto a los estudiantes con libros, periódicos y revistas, formas de la lengua que, por el hecho de ser escritas, poseen un mayor prestigio que las orales. La importancia de la lengua escrita como modelo se advierte, por ejemplo, en personas que nacieron en alguna región del Caribe o de Andalucía. En su dialecto materno se aspira la *s* final de sílaba o de palabra. Sin embargo, cuando leen, la frecuencia de las aspiraciones disminuye notablemente, algunos locutores incluso reponen las en la totalidad de los casos. El modelo escrito es fundamental para la estandarización de la lengua.⁴ Por eso se ha señalado que la invención de la imprenta ha sido un factor esencial para lograr la estabilización y la difusión de las lenguas europeas. La lengua escrita, a partir de ese momento, intensificó su vocación internacional (Crystal, 1995: 110; Penny, 2000: 194).

Más allá de la imprenta, la radio primero y la televisión después, han permitido la difusión de las formas orales de la lengua. Este hecho es de gran trascendencia, pues los medios orales no necesitan un público alfabetizado, no requieren que la gente vaya a la escuela. Esa es una de las razones por las cuales han podido alcanzar una audiencia más extensa y más variada desde el punto de vista cultural y económico. Además, se han convertido en modelos de la lengua hablada y la han estandarizado en alto grado. Estos nuevos medios han extendido su alcance de manera tal que en la actualidad pueden considerarse ejemplos paradigmáticos de la globalización: la televisión directamente, vía satélite, y la radio a través de la ubicación mundial mediante su transmisión por Internet.

Los países no tienen fronteras para los medios ni para las palabras que difunden. Precisamente por ese alcance internacional, los responsables de las emisiones adquieren una mayor conciencia de la variación de la lengua. Los actores, los comentaristas o los escritores saben que, dentro de ese ámbito, tienen que renunciar en buena medida a sus hábitos lingüísticos dialectales. El espacio internacional de difusión los lleva, de una u otra manera, a considerar la variación lingüística de audiencias y lectores, y los problemas de comprensión que podría tener ese público si se le enfrenta a formas de uso regional o local.

⁴ En el caso del español escrito, la excepción en América es el fonema castellano /θ/ (letras *z*, *c* ante *e*, *i*) que, como se sabe, no se pronuncia en ese continente ni en el área meridional de España.

Nuevos recursos, nuevas decisiones

Era natural que, hasta principios del siglo XIX, se impusiera en la comunidad hispanohablante una sola norma: la castellana, pues además de ser la lengua de la metrópoli, era prácticamente la única que contaba con descripciones gramaticales. A mediados de ese siglo, con la independencia de los países americanos, se discutió la posibilidad de proponer lenguas nacionales, divergentes de la norma peninsular. Esa idea; sin embargo, fue desechada muy pronto, ante la conveniencia de tener una sola lengua en todo el inmenso territorio hispánico. Se promovió la convergencia, pero con otros planteamientos: se trataba de mantener una sola lengua que se hiciera entre todos, sin predominio de ningún país o región.

La convergencia se mantiene y se refuerza hasta el día de hoy gracias a los nuevos medios. Las empresas editoriales, las de radio, televisión y, recientemente, las que producen programas de cómputo o las que aparecen en Internet, con frecuencia tienen redactores, guionistas o comentaristas que provienen de diferentes países hispánicos. La búsqueda de la unidad lingüística los conduce a discusiones frecuentes sobre la variante que conviene utilizar para que sea comprendida o aceptada por un mayor número de personas.⁵ Les interesa y les preocupa en primer lugar su público, mas no necesariamente lo que diga una institución, una gramática o un determinado diccionario. Muchos de ellos, en especial en América, saben que las variantes léxicas cultas de tipo geográfico no están consignadas de manera muy adecuada en ninguna fuente. Algunos incluso han advertido la ausencia de españolismos, voces exclusivas de España (Ávila, 1998).

En todo caso, ahora hay un mayor conocimiento de la variación. Para empezar, los mismos medios nos ponen en contacto diario con diferentes normas del español en el ámbito internacional. Además, los viajes internacionales, cada vez más frecuentes, invitan a los viajeros hispanohablantes a advertir —o quizá mejor—, confirmar que no se habla igual en todas partes. Las discusiones acerca de lo correcto o lo incorrecto abundan, pues teóricamente debe haber una sola forma

⁵ Ese tipo de discusiones, lamentablemente, no parece ocurrir en todas partes. En algunos lugares aún hay empresas que piensan que sólo existe su región. Véanse, por ejemplo, las traducciones que se han hecho en Barcelona de las novelas de Milán Kundera o las de José Saramago. En ambos casos, los traductores parecen ignorar que también existen españolismos, palabras que no se entienden fuera de ese país. Acerca de este problema, véase Ávila, 1998.

válida. Afortunadamente, muchas personas quienes trabajan en los medios tienen otra actitud. Los lingüistas, por su parte, con base en las ideas de estandarización y variación, han señalado que lo correcto se relaciona con la aceptación social de una variante, la cual puede ser distinta de acuerdo con los países o las regiones.

También se han desarrollado criterios que permiten decidir, por ejemplo, la importancia de las lenguas en el mundo de acuerdo con su situación actual, no con sus orígenes históricos. Estos criterios, basados en aspectos políticos —número de países—, demográficos —número de hablantes nativos—, económicos —producto interno bruto de los países—, y culturales —número de publicaciones y de producciones en los medios—, pueden aplicarse a las variantes del español.

Respecto a la pronunciación, la televisión y la radio de alcance internacional han estandarizado tres normas fonéticas que he llamado *alfa*, *beta* y *gama*, éstas se pueden ejemplificar, de manera simplificada, de la siguiente forma:⁶

alfa: /eyos son amigos mui serkános/

beta: /eyoh soj amigoh mui serkános/

gama: /eyos son amígós mui ðerkános/

Las dos primeras, en las cuales no se pronuncia el fonema /θ/, abarcan todos los países hispánicos, con excepción de la región septentrional de España, donde se escucha la tercera norma, la *gama*, en la cual sí se articula el fonema interdental. La diferencia principal entre la pronunciación *alfa* y la *beta* es que en la primera no se aspira el fonema /s/ final de sílaba, y en la segunda sí. Es natural, por eso, que en los programas de radio o de televisión —incluidos los doblajes— que se producen en América se utilicen las primeras dos normas, sin excepción. En países donde se hablan otras lenguas, la televisión también difunde el español y sus diferentes modalidades. Por ejemplo, en Rumanía la televisión proyecta alrededor de cinco telenovelas diariamente, producidas en diferentes países. He

⁶ Véase Ávila, 2003: 57-79. En pocas palabras, en la norma *alfa* no se pronuncia el fonema /θ/ ni se aspira la *s* final de sílaba o de palabra (como se escucha en las ciudades de México y Bogotá, entre otras); en la *beta*, como en la anterior, tampoco se pronuncia el fonema /θ/, pero se aspira la *s* (Caracas y La Habana, por ejemplo); y en la *gama* se pronuncia el fonema /θ/ y no se aspira la *s* (Salamanca, León, y otras ciudades de Castilla). El orden en que presento las normas corresponde a su mayor o menor presencia en los medios de alcance internacional y a su peso demográfico.

sabido de algunos rumanos que han afirmado o mejorado su conocimiento del español hablado por ese medio.⁷

En cuanto al léxico, si se parte de los criterios antes mencionados, ante los sinónimos geográficos para el tapón de biberón, como *chupa*, *chupete*, *chupo*, *chupón*, *mamadera*, *mamila*, *mamón*, *biberón*, *pacha*, *tetera*, *tetina* o *teto*, la selección sería *chupón*, porque es la forma que se utiliza en más países y la que cuenta con mayor número de hablantes: 185 millones respectivamente, véase la tabla 1.

TABLA 1: ‘TAPÓN DE BIBERÓN QUE TERMINA EN FORMA DE PEZÓN’

VARIANTE	POBLACIÓN (MILES)	POBLACIÓN (%)	NÚM. PAÍSES	PAÍSES
biberón	18 811	5.1	2	Bolivia, Cuba
chupa	23 596	6.3	1	Venezuela
chupete	76 739	20.6	6	Argentina, Chile, Costa Rica, Ecuador, Panamá, Uruguay
chupo	39 172	10.5	1	Colombia
chupón	185 470	49.8	8	Bolivia, Costa Rica, Guatemala, México, Panamá, Perú, Venezuela
mamadera	8 579	2.3	3	Nicaragua, Panamá, Paraguay
mamila	111 547	30.0	2	México, República Dominicana
mamón	15 236	4.1	2	Guatemala, Panamá
pacha	18 660	5.0	2	El Salvador, Guatemala
tetera	12 379	3.3	2	Costa Rica, República Dominicana
tetina	76 224	20.5	3	Argentina, Guyana Española, España
teto	14 875	4.0	2	Costa Rica, Cuba

⁷ Un colega español, académico de la lengua, me dijo recientemente que las telenovelas hacen más por la difusión del español que todas las academias juntas, tanto en los países hispánicos como en otros donde no se habla español y donde, por ejemplo, está presente el Instituto Cervantes.

De la misma forma, para el ‘objeto que sirve para sujetar en una cuerda la ropa recién lavada’, la selección sería pinzas, seguida por gancho. Los otros sinónimos —*broche, cuchitos, horquilla, palillo, palito, perro, pinche*, entre otros— tienen menor peso demográfico y político, véase la tabla 2.⁸

TABLA 2: ‘INSTRUMENTO PARA SUJETAR LA ROPA RECIÉN LAVADA EN UNA CUERDA’

VARIANTE	POBLACIÓN (MILES)	POBLACIÓN (%)	NÚM. PAÍSES	PAÍSES
broche	6 202	9.7	1	Argentina
cuchitos	6 252	1.7	1	El Salvador
gancho	133 793	35.9	8	Bolivia, Colombia, Costa Rica, Ecuador, Guatemala, Perú, República Dominicana, Venezuela
gancho de ropa	30 927	8.3	2	Nicaragua, Perú
gancho para ropa	12 408	3.3	1	Guatemala
horquilla	2 828	0.8	1	Panamá
palillo	14 464	3.9	2	Cuba, Uruguay
palito de tendedera	11 131	3.0	1	Cuba
perro	21 248	5.7	2	Chile, El Salvador
perro para la ropa	14 996	4.0	1	Chile
pinche	11 530	3.1	2	Bolivia, Paraguay
pinzas (de ropa)	185 042	49.7	7	España, Guatemala, Guyana, Española, México, Panamá, Uruguay, Venezuela
prensa	3 744	1.0	1	Costa Rica
prensa de ropa	3 744	1.0	1	Costa Rica

⁸ Los datos de las tablas 1 y 2 fueron tomados de una base de datos del proyecto VARILEX (1993-1997). Actualmente se puede utilizar el programa de cómputo VALIDE (2007), que da cuenta de este tipo de variantes.

A esto hay que añadir que no sólo se han desarrollado nuevos criterios para las nuevas decisiones. Ahora se pueden hacer consultas acerca de variantes léxicas en Internet. Las búsquedas llevan, más allá de algunos sitios propios de investigadores, a páginas de empresas, supermercados, restaurantes o museos, en las cuales aparecen las voces cuyo uso se desea precisar. Por ejemplo, sabemos por ese medio que *playeras* son zapatillas de playa en España, y camisetas de manga corta en México, y que sólo en ese país hay *alebrijes*, figuras de cartón de formas imaginarias; que el *centollo* se come en España y la *centolla* en Chile.

Además, en la actualidad se están haciendo programas de cómputo que darán cuenta de la variación léxica y permitirán tomar decisiones con base en criterios objetivos, políticos y demográficos.⁹ Estos nuevos recursos son posibles gracias a los avances tecnológicos, pero resultarían inútiles si no se contara con fuentes bibliográficas confiables.¹⁰

Conclusiones

Los espacios de la lengua española, de la aldea local a la aldea global, explican su variación. Cabe señalar que la variación se advierte sobre todo en los componentes a los cuales me he referido: el fonético-fonológico y el léxico. La sintaxis y la morfología, comparativamente, resultan muy estables, salvo algunos usos de preposiciones (hasta en México), pronombres (vosotros en España, vos en Argentina y otros países, junto con su variación morfológica de concordancia) y tiempos verbales (sobre todo canté *vs* he cantado). En los medios de difusión masiva, en todo caso, las variantes morfosintácticas son excepcionales desde el punto de vista de su frecuencia estadística.

⁹ Entre ellos están, por ejemplo, el ya mencionado VALIDE (2007), que permite analizar un texto y proponer la variante con mejor dispersión (número de países) y mayor número de hablantes (demografía).

¹⁰ Véanse Lope Blanch, 1978, y otras recopilaciones más del léxico de diferentes ciudades hispánicas ya publicadas; así como los diferentes tomos de VARILEX (1993-1997).

Frente a la variación, siempre ha existido una actitud social hacia la unidad lingüística, que se manifiesta en las críticas a las consideradas incorrecciones, ante los cambios que surgen de manera inevitable. La sanción busca, en el fondo, mantener una norma única, aunque no se sepa con claridad cuál es, más allá de que corresponde, en apariencia a la forma de hablar o de escribir de quienes la defienden.

Los lingüistas, en cuanto especialistas, advierten lo inevitable del cambio, y lo estudian para descubrir sus causas y sus consecuencias, pero no pueden ir más allá. Las instituciones que norman el uso de la lengua tampoco pueden legislar sobre todos los hablantes que, en el caso del español, son alrededor de 400 millones. Habría que recordar además que hablamos español todo el día, en voz alta y en voz baja, a solas y acompañados. Nuestra lengua nos acompaña cuando soñamos y cuando pensamos, cuando imaginamos y cuando discutimos. ¿Quién podría, en esas situaciones, sancionar el uso de la lengua? La crítica y la aprobación están en todos y cada uno de los hablantes: en la sanción y el consenso sociales, así como también en nuestra propia noción de lo que debe ser.

Como hablantes de la lengua, en las mejores circunstancias de la relación cara a cara, tal vez podríamos comunicarnos con unas pocas decenas de personas, por ejemplo, en una conferencia. Somos modelos —si lo somos— para unos pocos. En cambio, cuando utilizamos los medios —escritos y orales— nos convertimos en referencia lingüística inevitable para un público que va de cientos a millones, y que está en todas partes. Los medios son lo más cercano a la comunicación con la mayoría del público: se escuchan o se leen en la casa, en la sala o incluso en el baño, en el tren o en el avión, de día o de noche, con o sin luz. Por eso los medios, si utilizan la lengua española, deberían asumir el compromiso —no el deber— de usarla y difundirla de manera ejemplar. Esto no supone que deban utilizar una norma única y rígida. El bien hablar, como hemos visto, se relaciona con diferentes ámbitos y estilos. Esa es la realidad de la lengua.

Las normas locales, nacionales e internacionales deben establecerse por consenso, sin la imposición de una sola modalidad. Esto respondería a la realidad de la lengua y a lo que esperan, consecuentemente, las audiencias y los lectores. Los medios son el instrumento más importante con el que contamos para lograrlo. De esta manera fortalecerían la unidad lingüística de la comunidad hispánica. Contribuirían, al mismo tiempo, a ubicar al español en una mejor posición para enfrentar el reto de otras lenguas que navegan por las ondas y las páginas del espacio internacional.

Bibliografía

- Ávila, Raúl (2003), “La pronunciación del español: medios de difusión masiva y norma culta”, en *Nueva Revista de Filología Hispánica*, México, El Colegio de México, tomo 51, pp. 57-79. El texto se encuentra también en <http://www.colmex.mx/personal/cell/ravila/Publica.html>
- (1998), “Españolismos y mexicanismos: hacia un diccionario internacional de la lengua española”, en *Nueva Revista de Filología Hispánica*, México, tomo 46, pp. 395-406. Véase también en: <http://www.colmex.mx/personal/cell/ravila/Publica.html>
- CREA (2007), *Corpus de Referencia del Español Actual*, Madrid, Real Academia Española. Véase en <http://www.rae.es/creanet.html>
- Crystal, David (1995), *The Cambridge Encyclopedia of the English language*, Cambridge/New York, Cambridge University Press.
- DRAE (2001), *Diccionario de la lengua española*, 22ª ed., Madrid, Real Academia Española.
- DRAEL (2003), *Diccionario de la lengua española*, ed. electrónica de la 22ª ed., Madrid, Real Academia Española.
- Guitarte, Guillermo L. (1983), *Siete estudios sobre el español de América*, México, UNAM.
- Lope Blanch, Juan M. (coord.) (1978), *Léxico del habla culta de la ciudad de México*, México, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Penny, Ralph (2000), *Variation and Change in Spanish*, Cambridge, Cambridge University Press.
- VALIDE (2007), *Variación Léxica del Español*, idea y diseño de Raúl Ávila, México, El Colegio de México/Universidad Nacional Autónoma de México [programa de cómputo].
- VARILEX (1993-1997), *Variación léxica del español en el mundo*, coord. de H. Ueda, Tokio, Universidad de Tokio.

D. R. © Raúl Ávila, México, D. F., enero-junio, 2007.